

UN RECUERDO GLORIOSO

DE LAS

WIELGAS DE BURGOS

POR

D. MIGUEL NOVOA Y VARELA

Presbítero.



MADRID

TIPOGRAFIA DE LOS HUÉRFANOS

Juan B... 5.- Teléfono 420.

188

J
05
5)

NO SE PRESTA

sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura

R.90.514

30-1105(15)

UN RECUERDO GLORIOSO

DE LAS

HUELGAS DE BURGOS



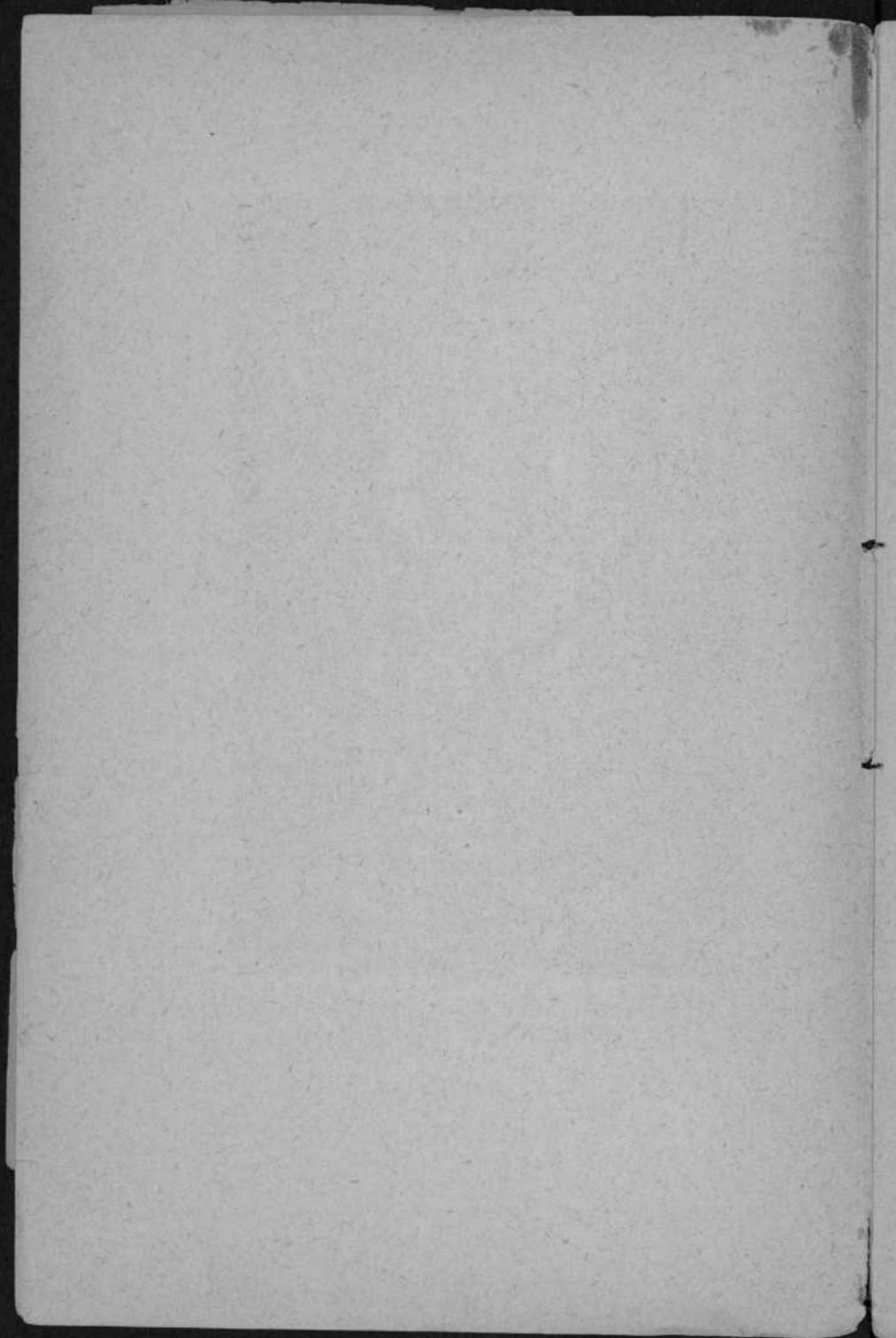
T 24829
C 48821

BPE Burgos



3348821 BU 1705 (15)

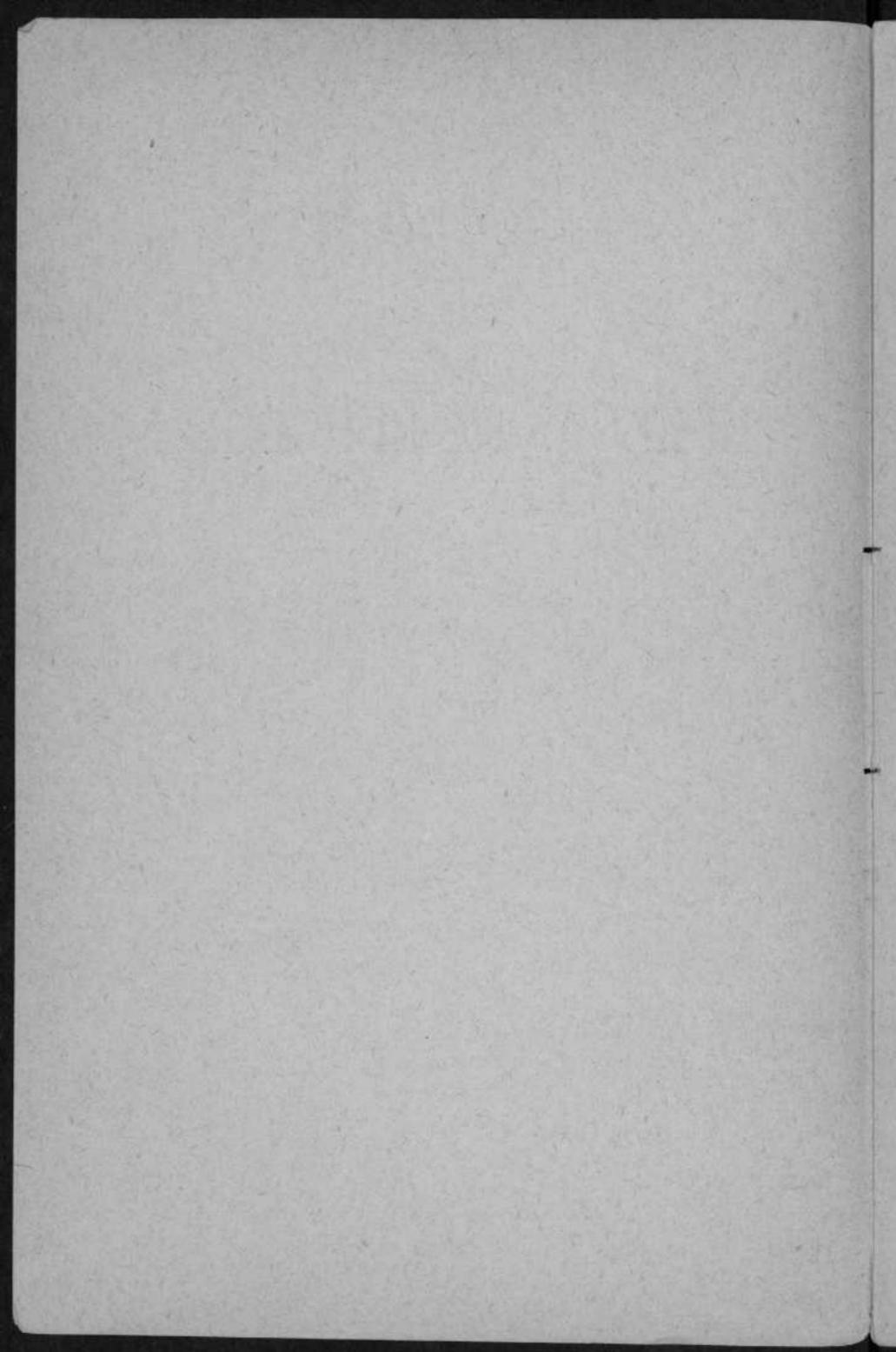
BU 1705 (15)





SANTIAGO APÓSTOL, SEGÚN SE CONSERVA
EN EL MONASTERIO DE LAS HUELGAS DE BURGOS.





K-61495

UN RECUERDO GLORIOSO

DE LAS

HUELGAS DE BURGOS

POR

D. MIGUEL NOVOA Y VARELA

Presbítero.



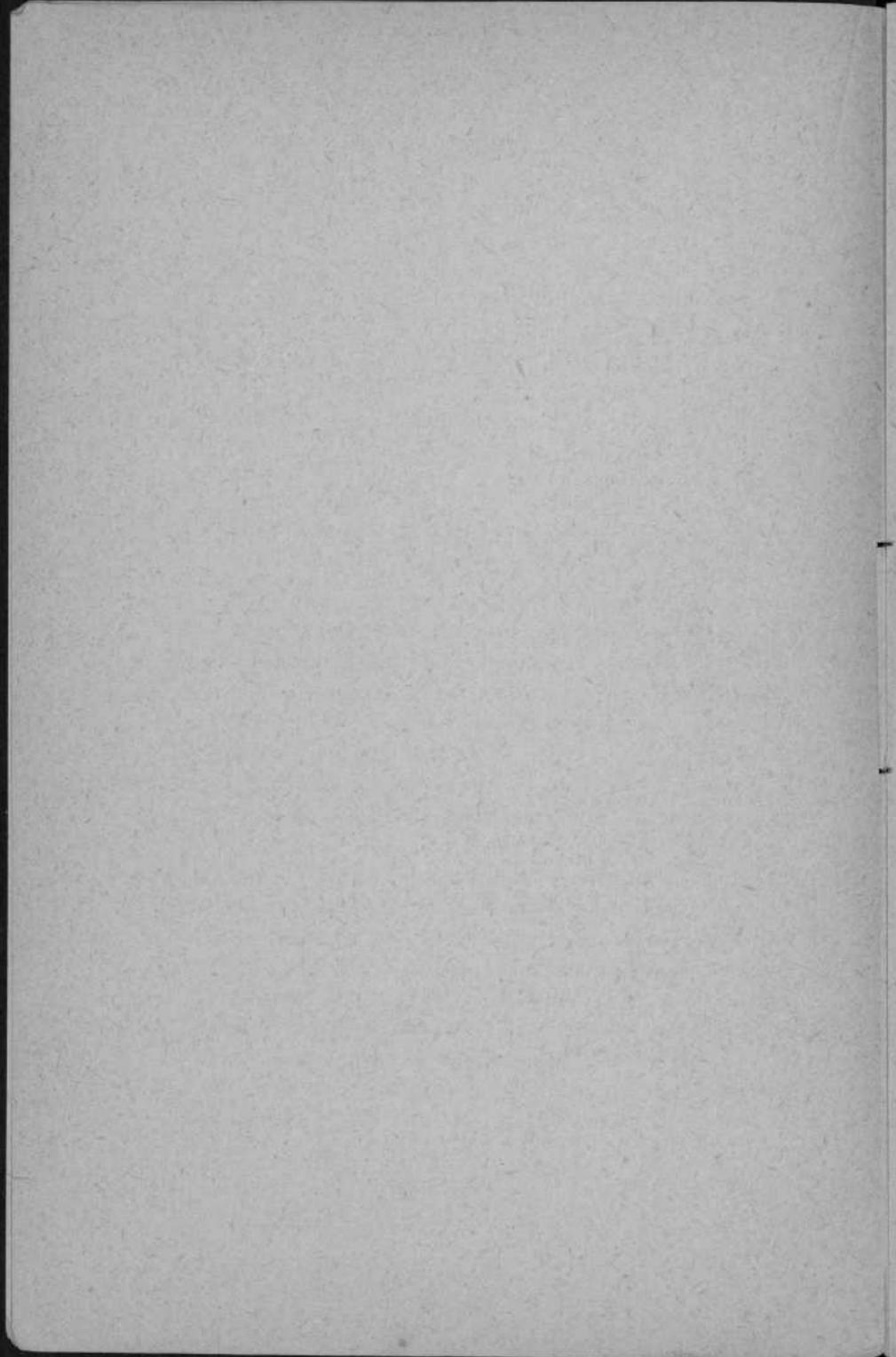
MADRID

TIPOGRAFÍA DE LOS HUÉRFANOS

Juan Bravo, 5. — Teléfono 429.

1887





UN RECUERDO GLORIOSO

DE LAS

HUELGAS DE BURGOS

EL Real Monasterio de las Huelgas de Burgos, célebre por su origen, por la calidad y jerarquía de sus ilustres moradoras, pertenecientes siempre á familias distinguidas y nobles, y más de una vez á las mismas familias reales; célebre por su esplendor, riqueza y poderío, por los privilegios y las exenciones extraordinarias, casi inverosímiles, con que la engrandecieron Pontífices y Reyes; célebre por la jurisdicción civil y militar de sus ilustrísimas abadesas, más aún por la jurisdicción eclesiástica *Quasi-Episcopal, vere nullius*, por virtud de la cual una señora, una humilde religiosa nombraba é institua canónicamente párrocos, capellanes y beneficiados en sus Reales Compases, en el Hospital del Rey y su barrio, y en multitud de conventos y pueblos, daba licencias de celebrar, confesar y predicar, corregía y castigaba,

intervenía en los matrimonios, y ejercía, en suma, todas las facultades de un Obispo en la Diócesis, excepto las de la consagración sacerdotal; célebre por su hermosa fábrica, verdadero monumento de grandeza y de arte; y célebre por los gloriosos sepulcros que encierra, no lo es menos por los recuerdos históricos que atesora, entre los cuales merece lugar preferente la imagen cuyo grabado acompañamos.

Es la del glorioso Santiago, Patrón de España, que se venera dentro de la clausura en una hermosa capilla de estilo árabe, encomendada en los tiempos antiguos al cuidado y piedad de señoras tan religiosas é ilustres como Doña Ana de Austria, Doña Beatriz Manríquez, Doña Juana de Ayala y cien otras, y en los nuestros á Doña María del Rosario García, la Ilma. Sra. Doña María de las Virtudes Velarde, actual abadesa, y Doña María del Cármen Cándida de Cura, y que ahora se está restaurando de orden del Excmo. Sr. D. Fermín Abella, Intendente general de la Real Casa y Patrimonio, bajo la acertada dirección del Sr. D. José Segundo de Lema, Arquitecto mayor de Palacio; es imagen antigua, de escaso mérito artístico, pero muy notable por el importante papel que ha desempeñado en la ceremonia de armar caballeros.

Sabido es que en el Monasterio de las Huelgas tuvo lugar esta ceremonia repetidas veces y en circunstancias solemnísimas en los siglos pasados.

Aquí se armó caballero San Fernando el día 27 de Noviembre de 1219, después de haber celebrado

Misa de Pontifical y bendecido las armas el Obispo D. Mauricio. El mismo se puso el cingulo de la Orden, tomó con sus propias manos la espada que estaba sobre el altar y recibió el cetro, la corona y el *espaldarazo* de las manos de esta imagen, que las mueve por medio de un resorte.

Aquí Don Alonso el Sabio armó caballero al Príncipe Eduardo, hijo primogénito del Rey Enrique III de Inglaterra, que se presentó en Burgos en medio de una brillante comitiva á celebrar sus bodas con la Infanta Doña Leonor, hija de San Fernando, que llevó en dote la Gascuña.

Con mayor pompa se repitió esta ceremonia al tiempo de la coronación de Don Alonso oncenno, quien armó de caballeros á veinte Ricos-hombres y ochenta y tres hijosdalgo de la primera nobleza de Castilla, después de haberles repartido copiosas y ricas vestiduras de seda y lana recamadas de oro, y espadas preciosas de estimadas guarniciones. El Rey les señaló los altares en que habían de velar aquella noche las armas, y al día siguiente á todos ciñó la espada y los honró con su mesa en el Palacio de las Huelgas. A la fama de tan magníficas funciones se agolpó en Burgos un numeroso gentío, para cuya cómoda subsistencia acudió generoso el Ayuntamiento proporcionando una cuarta parte de rebaja en el precio de todos los artículos de consumo, de lo que reconocido el Monarca, hizo donación á la ciudad de la aldea y castillo de Muñón, que es uno de los que ostenta el escudo de armas de esta capital. Su nieto, el Rey Don Juan I, le tomó al parecer

por modelo al coronarse en esta iglesia, donde se armó también caballero, y confirió esta honra á cien distinguidos jóvenes de linaje de Ricos-hombres, con igual pompa y esplendor que su ilustre ascendiente, á quien quiso seguir hasta en la identidad de la munificencia, gratificando á Burgos con la villa de Pancorbo, significada en el escudo de la ciudad con uno de los cinco castillos. El regio esplendor de estas ceremonias, por más que se hayan esmerado los dos Soberanos en realzarle, no ha podido competir con el grandioso aparato de las bodas que celebró en Burgos el Infante de la Cerda Don Fernando, hijo primogénito de Don Alonso X, con la Infanta Doña Blanca, hija del Rey de Francia, San Luis. Pocas veces contará la historia una reunión tan numerosa y escogida de personas reales: aquí se vieron juntos el Rey de Castilla, Don Alonso; el Rey Don Jaime de Aragón; el Rey moro de Granada; Doña Marta, Emperatriz de Constantinopla; el Delfín de Francia; el Príncipe Eduardo, primogénito de Enrique III, Rey de Inglaterra; el primogénito del Rey de Aragón; el de Castilla; Don Alfonso de Molina, hijo del Rey Don Alonso IX de León; los Infantes, hijos de San Fernando; otros cinco Infantes, hijos de Don Alonso el Sabio; Don Sancho, Infante de Aragón; y el Arzobispo de Toledo; el Marqués de Monferrat, yerno del Rey; el Conde de Deu, hermano de Juan de Arce, Rey de Jerusalén, y finalmente, los Embajadores del imperio de Alemania que acababan de traer la noticia de la elección del Rey de España para Emperador de Romanos. Aquí se celebraron los des-

posorios, y el Rey de Castilla confirió honra de caballería á muchos Infantes en la misma iglesia, y á otros señores franceses que habían venido en la comitiva de la novia.

Prodigadas hoy las Cruces y las Encomiendas hasta un punto inverosímil, hasta el punto de ser difícil definir si merecen más admiración y aplauso los que las ostentan ó los que no han sido honrados con ellas, apenas podemos conocer lo que son y significan. Para dar idea de su importancia bueno será recordar el majestuoso é imponente ceremonial con que se conferían y citar algunos hechos.

Juan, monje de Marmontier, refiere en el libro I de la historia de Godofredo, duque de Normandía, la solemnidad con que Godofredo, hijo del Conde de Anjou, fué armado caballero en el año 1128 por Enrique I, Rey de Inglaterra.

Francisco Redi narra minuciosamente otra ceremonia análoga verificada en Arezzo el día 8 de Abril del año 1260 con motivo de ser hecho caballero un noble y esforzado varón llamado Hildebrando, y por sobrenombre Giratasca.

En Florencia tuvo efecto en 25 de Abril del año 1388, según el ceremonial detallado en un documento latino exhumado por Cantú, la solemne ceremonia de armar caballeros á D. Juan de Panciatichis y á Gualtero, hijo de Bandini.

Hay una crónica escrita de orden de dos abades del monasterio de San Dionisio, y que comprende desde 1380 á 1415, y en ella se narra extensamente

la ceremonia con que fueron hechos caballeros los dos hermanos Luis, Rey de Sicilia, y Carlos, desplegándose en este acto un grande aparato y ostentación lujosa, realzada con la presencia de gran número de duques y varones y aristocráticas y ataviadas damas.

Du Fresne publica la ordenanza y manera de crear y hacer nuevos *caballeros del Baño* en tiempo de paz, según costumbre de Inglaterra.

La crónica refiere el gran aparato y la esplendidez con que se procedió al acto de armar caballero al conocido Nicolás Rienzi á mediados del siglo xiv.

A veces le solicitaba este honor; otras la autorización procedía de circunstancias que parecían exigir un título preciso y determinado de nobleza en el agraciado. Así hubo de suceder en el caso á que se contrae el biógrafo de Godofredo, duque de Normandía. «Godofredo, dice, hijo de Foulques, conde de Anjou, había cumplido quince años, cuando Enrique I, Rey de Inglaterra, deseaba casarle con su hija única. Manifestada al de Anjou la voluntad del Rey, fué aceptada con agradecimiento. Dióse la palabra por una parte y por otra, y firmáronse y sancionáronse con juramento los esponsales. Pero el Rey exigió al conde que, no siendo su hijo todavía caballero, se obligase á entrar en la caballería en la próxima Pascua de Pentecostés. No hubo dificultad en ello; *justa enim petitio*, dice el cronista, *facilem meretur assensum.*»

Es de suponer que análogos fines imperasen en la investidura de caballeros tomada en Francia, y en el

monasterio de San Dionisio por los hermanos Luis, Rey de Sicilia, y Carlos.

Era tal la importancia que se daba á esta solemnidad, que se enviaban mensajeros á otros países para anunciarla y atraer concurrencia.

El cronista que narra la solemnidad de armar caballero á Nicolás Rienzi describe los preparativos en estos términos:

«Esta espléndida fiesta se hizo del modo siguiente: Primero se dispuso como para nupcias todo el palacio del Papa con todas las dependencias de San Juan de Letrán, y muchos días antes se hicieron las mesas de comer con las tablas y la madera del recinto de los Varoni de Roma. Estas mesas fueron puestas en todo el antiguo salón del palacio viejo de Constantino y del Papa, y en el del palacio nuevo, lo cual presentaba magnífico aspecto. Se hicieron aberturas en las paredes de los salones con escaleras de maderas descubiertas á fin de llevar lo que estaba preparado para la cocina, y para cada salón se dispuso en un ángulo la despensa para el vino. Era la víspera de San Pedro Advíncula y la hora de nona. Toda Roma, hombres y mujeres, se dirigen á San Juan. Todos se agrupan debajo de los pórticos para ver la fiesta, y en la vía pública para contemplar este triunfo. Entonces vino la numerosa caballería de las diversas naciones, barones, aldeanos, forasteros, caparazones de campanilla vestidos de tafetán y llevando banderas. Hacían gran fiesta y corrían gozosos. Después de ellos iban innumerables bufones, tocando unos la trompeta, otros la zampo-

ña, otros el caramillo, y varios instrumentos. En seguida iba á pie la mujer de aquel gran personaje con su madre. Muchas ilustres damas la acompañaban por deseo de complacerla. Delante de la dama iban dos jóvenes ricamente vestidos, que llevaban de la mano un nobilísimo freno dorado. Se oye el toque de trompetas de plata. Luego se adelantan gran número de justadores á caballo. Iba en pos el tribuno, y á su lado el vicario del Papa. Delante del tribuno iba un individuo llevando en la mano una espada desenvainada. Otro llevaba el pendón flotante sobre su cabeza. El tribuno tenía en la mano una varilla de acero. Le acompañaban varios nobles. Vestía una túnica de seda «de admirable blancura,» bordada de hilo de oro. Por la tarde subió á la tribuna ó capilla del Papa Bonifacio, y habló al pueblo diciendo: «Sabed que esta noche debo hacerme caballero. Volved mañana: oiréis cosas que agradarán á Dios en el cielo y á los hombres en la tierra.» De modo que entre toda aquella muchedumbre se sentía grande alboroto. No hubo tumulto ni vías de hecho. Habiéndose enredado en palabras dos personas, tiraron de las espadas, y las volvieron á envainar sin descargar ningún golpe, y cada cual siguió su camino. Habiendo acudido en tropel á la fiesta los habitantes de las poblaciones vecinas, ancianos, doncellas, viudas y casadas.»

A estas mismas ceremonias precedían ordinariamente otras solemnidades, como sucedió en la investidura de Nicolás Rienzi; pues antes de retirarse á las habitaciones en que había de permanecer inco-

municado hasta el día siguiente, celebró el clero un solemne oficio en obsequio del candidato.

Antes de retirarse Hildebrando á las habitaciones que tenía preparadas, se dirigió muy temprano á Palacio, y sobre los Santos Evangelios y con intervención de Notario hizo juramento de fidelidad á los señores del Consejo y al Santo Patrono de la ciudad de Arezzo.

Le acompañaba, dice la crónica, una gran mesnada de los suyos, é iba vestido con lujo. Después de esto se dirigió á la catedral, en donde recibió la bendición, haciéndosele el honor de que le acompañasen seis pajes de Palacio. Los señores del Consejo dispusieron que fuese á comer á casa de un tal Rodulfo; la comida consistió en pan y agua y sal, según ordenaban las leyes de caballería, y tuvieron la honra de acompañarle en tan frugal comida el citado Rodulfo y dos religiosos Camaldulenses, de los cuales el de mayor edad predicó después de la comida un sermón sobre la importancia y las obligaciones de la caballería. Después del sermón Hildebrando se retiró á su aposento.

Las ordenanzas prescribían también un baño.

Luis, Rey de Sicilia, y su hermano Carlos, después de acompañar á su madre al Monasterio de San Dionisio, se retiraron á sus aposentos para disponerse convenientemente para la ceremonia del siguiente día; y lo primero que hicieron fué lavarse en los baños que ya se les tenían preparados.

Godofredo, duque de Normandía, al amanecer del día siguiente en que el Rey había explorado su

voluntad de ser armado caballero, lavó su cuerpo tomando el baño que tenía preparado según la ley de la caballería. *Illuscente die altera, balneorum usus, uti tyrocinii suscipiendi consuetudo expostulat, paratus est.*

Este baño debía simbolizar, sin duda, la pureza de alma necesaria para ingresar en alguna Orden de caballería. Así, según vemos en la descripción que nos ha dejado Francisco Redi relativamente á la ceremonia verificada en Arezzo en 1260, Hildebrando, al retirarse á su aposento, permaneció solo por espacio de una hora, y después entró á verle un anciano monje del Monasterio de Santa Flora, á quien hizo devota y humilde confesión de sus pecados, y recibió la absolución, y cumplió la penitencia que se le impuso. Hecho esto, entró el barbero en el aposento, le afeitó esmeradamente, le cortó y arregló la cabellera, y dispuso lo demás necesario para el baño. Arreglado todo de esta suerte, acudieron allá los caballeros designados por el Consejo con sus mesnadas y gran número de joglares y músicos. Dos de los caballeros desnudaron á Hildebrando y le colocaron en el baño; otros dos le leyeron las obligaciones y atribuciones de la caballería, y le explicaron la grandeza de la dignidad que iba á conferírsele. Después de permanecer en el baño por espacio de una hora, Hildebrando fué trasladado á una cama dispuesta con blanquísimas y finísimas sábanas, y con abrigos y cubrecamas de seda.

La ordenanza inglesa completa algunos datos sobre la etiqueta que se guardaba en el acto de salir

del baño. En Inglaterra estaba prevenido que la cama fuese sencilla y estuviese dispuesta sin pabellón ni cortinajes. El aspirante á caballero no había de salir del baño por sí propio, sino que por mano de los escuderos gobernadores era sacado del baño y metido y abrigado en la cama hasta enjugarse con el calor natural. De manera que se llevaba á la cama toda la humedad que tomaba del baño. «Y luego que se seque, dice la ordenanza, se alzará del lecho, y será adornado y vestido de una manera adecuada para velar aquella noche. Y sobre todo el ropaje se vestirá una cota de paño rojo con largas mangas y capucha á guisa de ermitaño. Y fuera ya el escudero del baño, el barbero lo quitará y todo lo que haya en torno, tanto dentro como fuera, y le cogerá por el collar, ya sea conde, barón ó bachiller; según la costumbre de la Corte. Y hecho esto, los escuderos gobernadores abrirán las puertas de la habitación, y harán entrar á los entendidos caballeros para llevar el escudero á la capilla. Y cuando hayan entrado los escuderos, saltadores y bailarines, serán colocados delante del escudero en unión de los menestrales que harán sus melodías hasta la capilla. Y cuando hayan entrado en la capilla, estarán preparadas para dar á dichos caballeros y escuderos las especies y el vino; y los escuderos gobernadores llevarán á los caballeros por delante del escudero para despedirse, y dará gracias á todos juntos por su trabajo, honor y cortesías que le han hecho. Y en este punto saldrán todos de la capilla.»

El tiempo, como es natural, ha introducido varias

modificaciones en este ritualismo, y acaso una de las principales fuese la vela de las armas. El espíritu que había dictado esta parte del ceremonial parece ser la intención de que el aspirante á caballero pasase la noche anterior á la investidura en la oración y en el recogimiento.

Hildebrando, dice Redi, permaneció acostado por espacio de una hora, y acercándose ya la noche, se vistió una holgada túnica blanca con capuchón, y replegada en el talle por un cinturón. Tomó una colación de pan y agua; y acompañándole Rodulfo y los cuatro caballeros que le asistían, se dirigió á la catedral, donde pasó orando toda la noche en una capilla especial á mano derecha. Allí rogó á Dios, á su Santísima Madre y á San Donato, para que le hiciesen buen caballero y honrado y justo. Con gran devoción le hicieron compañía durante la noche dos presbíteros y dos clérigos menores, y también cuatro nobles y jóvenes señoritas, y cuatro nobles ancianas, ricamente vestidas. Durante la noche rogaron al cielo para que la próxima investidura de caballero sirviese para mayor honra y gloria de Dios, de su Santísima Madre, de San Donato y de toda la Iglesia católica. Rodulfo y los cuatro caballeros acompañantes se marcharon á descansar, pero volvieron á la iglesia antes del amanecer.

No se habla aquí explícitamente de la vela de las armas; pero es de suponer que estuviesen ellas especialmente dispuestas en la capilla, pues sigue la crónica reseñando en los siguientes términos lo ocurrido:

«Después del amanecer, el sacerdote bendijo la espada y toda la armadura, desde el casco hasta las espuelas; en seguida celebró el Santo Sacrificio de la Misa, en la que Hildebrando recibió humildemente y con gran devoción el santísimo cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Después de esto depositó en el altar un cirio verde de grandes dimensiones, y una libra, moneda de plata de Pisa; también ofreció en sufragio de las santas almas del purgatorio una libra de plata, moneda de Pisa. Hecho esto, se abrieron las puertas de la iglesia y todos se dirigieron á casa de Rodulfo, en donde se sirvió un espléndido almuerzo traído expresamente de Palacio. Hildebrando se fué á descansar, esperando la hora de la ceremonia.»

Lo que acabamos de transcribir guarda completa analogía con el ceremonial prescrito en Inglaterra, y que la misma ordenanza refiere en los términos siguientes:

«Y los escuderos gobernadores cerrarán la puerta de la capilla, y no quedarán allí más que los escuderos gobernadores, el que ha de estar de acecho ó centinela. Y en esta guisa permanecerá el escudero en la capilla hasta que sea de día, siempre en oraciones y plegarias; requiriendo al poderoso Señor y á la bendita Madre que por su digna gracia le den poder y fortaleza para recibir aquella alta dignidad temporal, para honra y alabanza suya, de la Santa Iglesia y de la Orden de caballería. Y cuando asome el alba, se llamará al sacerdote para confesarle de todos sus pecados; y habrá maitines y Misa, y luego

comulgará, si quiere. Pero, desde que haya entrado en la capilla, habrá delante de él un cirio encendido. Empezada la Misa, uno de los gobernadores tendrá el cirio delante del escudero hasta el Evangelio. Y al llegar á éste, entregará el cirio al escudero hasta el fin del susodicho Evangelio; el escudero gobernador quitará el cirio, y lo pondrá delante del escudero hasta el fin de la susodicha Misa; y al alzarse el sacerdote, uno de los gobernadores quitará la capucha del escudero, y después del Sacramento se la volverá á poner hasta el Evangelio *In principio erat Verbum*. Y al empezar el *In principio*, el gobernador quitará la capucha del escudero y la hará quitar, y le dará el cirio en su mano, pero habrá lo más cerca posible de la luz una moneda. Y cuando llegue el *Verbum caro factum est*, se arrodillará el escudero y ofrecerá el cirio y el dinero, á saber: el cirio en honor de Dios, y el dinero en honor del que le haga caballero. Hecho esto, los escuderos gobernadores volverán al escudero en su aposento, y le meterán en la cama, y mientras dispierte, se lo pondrá encima un colector de oro llamado singletón.»

Tal era, á lo que parece, la vela de las armas que precedía á la ceremonia de ser armado caballero. Veamos el traje oficial y el resto de la ceremonia.

Más completa que todas las descripciones, es la reseña que se hace en la ordenanza inglesa:

«Y cuando parezca tiempo á los gobernadores, irán al Rey y le dirán: Señor, cuando os plazca dis-

pertarás nuestro amo. Y en esto el Rey mandará á los entendidos caballeros, escuderos y menestrales dirigirse á la habitación del susodicho escudero para despertarle, vestirle y llevarle al salón. Pero antes de su entrada, detenidos los menestrales, los escuderos gobernadores pondrán en orden todo lo necesario, y se lo entregarán á los caballeros para que vistan al escudero. Y cuando los caballeros hayan llegado á la habitación del escudero, entrarán juntos, y dirán al escudero: Señor, tened buenos días; es tiempo de levantaros y de aderezaros. Y con esto los gobernadores le cogerán por el brazo, y le harán aderezarse. El más gentil ó el más entendido caballero dará al escudero su camisa; otro le entregará sus calzas; el tercero le dará un jubón; el cuarto le vestirá con un kirtel de rojo tartarino. Dos le sacarán del lecho, y otros dos le calzarán, pero el calzado será abierto y con suela de cuero. Otros dos atarán sus mangas, otro le ajustará el cinturón de cuero blanco, sin ningún arnés de metal; otro peinará su cabeza, y otro se la cubrirá; otro le dará el manto de seda de kirtel de rojo tartarino, con un sayo de seda blanco, y un par de guantes colgando del extremo del lazo.

El canciller tomará todos los adornos y arreos con que el escudero estaba adornado y vestido el día que entró en la Corte para recibir la orden, juntamente con el lecho en que se acostó primeramente después del baño, con el singletón y demás cosas necesarias. Para cuyos feudos dicho canciller hallaría á sus expensas lo que cubre la cabeza del escudero,

sus guantes, su cinturón y su lazo. Y hecho esto, los entendidos caballeros montarán á caballo, conducirán al escudero al Palacio, yendo delante los menestrales al son de sus instrumentos.

Pero el caballo irá enjaezado como sigue: Tendrá una huza de cuero negro, los arzones blancos, los estribos negros, las herraduras negras, el pretal de cuero negro con una cruz empastada y dorada, colgando delante del pecho del caballo, y sin grüpera, el freno de nuez con largas piernas, á estilo de España. Y estará dispuesto un gentil doncel para cabalgar delante del caballero. Irá sin espuelas, y llevará la espada del escudero con las espuelas colgando de las correas de la espada, y la espada tendrá blancas correas hechas de blanco cuero, y el cinturón de blanco cuero, sin arnés; y el doncel llevará la espada por la empuñadura; y así cabalgarán hasta el Palacio del Rey, y estarán prontos los gobernadores á su oficio, y los más entendidos caballeros llevarán al dicho escudero; y cuando llegue delante del Palacio, los mariscales y los ujieres se hallarán dispuestos á salirle al encuentro, y dirán: Apeaos; y se apeará. El mariscal tomará su caballo por feudo. Y en esto los caballeros llevarán al escudero hasta la alta mesa, y luego se pasará junto á la segunda mesa hasta el doncel el pie, estando la espada delante de él entre dichos dos gobernadores. Y en cuanto el Rey haya salido al salón y vea al escudero pronto á tomar la alta dignidad temporal, pedirá la espada y las espuelas.”

Sigue la ordenanza inglesa: „Y el camarlengo

tomará la espada y las espuelas del doncel, y se las presentará al Rey; y el Rey tomará la espuela derecha y se la entregará al más noble y gentil, y le dirá: Ponedla en el talón del escudero. Y éste pondrá en tierra una rodilla, y cogerá al escudero la pierna derecha, y pondrá su pie sobre su rodilla, y fijará la espuela en el talón derecho del escudero, y le besará. Hecho esto, se presentará otro señor, que fijará la espuela en el talón izquierdo del mismo modo. Y entonces el Rey con gran cortesía tomará la espada y se la ceñirá al escudero. Y el escudero levantará sus brazos en alto con las manos juntas y los guantes entre los dedos; y el Rey echará sus brazos al cuello del escudero, y levantará la mano derecha, y le dará un golpe en el cuello y le dirá: Sed buen caballero, y le besará.

Y entonces los entendidos caballeros llevarán al nuevo caballero á la capilla con gran melodía hasta el altar Mayor. Y allí se arrodillará y colocará sobre el altar la mano derecha, y hará promesa de sostener el derecho de la Santa Iglesia toda su vida.

Y entonces él mismo se desceñirá la espada con gran devoción y oraciones á Dios, á la Santa Iglesia y la ofrecerá rogando á Dios y á todos los santos que conserve la Orden que ha tomado hasta el fin. Y cumplido esto, tomará una sopa en vino.

Y á la salida de la capilla el cocinero mayor del Rey estará pronto á quitar las espuelas, y las tomará por su feudo, y dirá: Yo el cocinero mayor del Rey, he venido, tomo vuestras espuelas por mi feudo; y si hacéis cosa contra la Orden de caballería, lo cual

Dios no quiera, cortaré vuestras espuelas de encima de vuestros talones.

Y luego los caballeros le volverán á conducir al salón. Y comenzará la mesa de los caballeros y será servido de la misma manera que los otros; pero no comerá ni beberá á la mesa, ni se moverá, ni mirará á un lado y á otro, ni más ni menos que si fuese una recién casada. Y cuando el Rey se levante de la mesa y pase á su aposento, el nuevo caballero será llevado con gran solemnidad de caballeros y menestrales delante de él á su aposento. Y á la entrada se despedirán caballeros y menestrales, y él se pondrá á comer. Y cuando partan los caballeros, se cerrará el aposento, y el nuevo caballero se despojará de sus atavíos, y serán dados á los reyes de los heraldos, si están presentes, y de no, á los otros heraldos, si están allí; ó á los menestrales con un marco de plata, si es bachiller, y si es barón, el doble; y la capa roja de noche al acecho, ó de otro modo al noble. Y entonces se vestirá un ropaje azul con mangas á lo sacerdote, y en el hombro izquierdo un lazo de seda blanca colgando. Y este lazo blanco lo llevará sobre sí cuando se ponga á lo largo de esta jornada hasta que haya ganado honor y renombre de armas, y que haya hecho memoria de tan alto recuerdo, como de nobles caballeros, escuderos y heraldos de armas, y sea renombrado por sus proezas, como antes se ha dicho, para que algún alto Príncipe ó nobilísima dama le pueda cortar el lazo diciendo: Señor, hemos oído tanto verdadero renombre de vuestro honor de caballería y del que

os hizo caballero, que exige el derecho que se os quite este lazo.

Pero después de comer los caballeros de honor y de gentiles hombres, se dirigirán cerca del caballero y le llevarán á presencia del Rey, y los escuderos gobernadores delante. Y el caballero dirá: Nobilísimo y temido Señor, os doy cuantas gracias puedo por todos estos honores, cortesías y bondades que por vuestra gran gracia me habéis hecho, á lo cual estoy muy reconocido. Y dicho esto, se despedirá del Rey. Entonces los escuderos gobernadores se despedirán de su señor, diciendo: Señor, esto lo hemos hecho por mandato del Rey, así como fuimos obligados. Pero si ha causado desagrado nuestra negligencia en lo hecho por este tiempo, solicitamos perdón; por otra parte, señor, según es verdadero derecho, con arreglo á las prácticas de la Corte y de los reinos antiguos, os pedimos ropas y feudos como escuderos del Rey, compañeros de los bachilleres y de los demás señores.²

Aunque igual en el fondo y en la esencia, difiere por su índole religiosa el ceremonial con que Hildebrando fué armado caballero. Celebróse con este motivo un solemne oficio en la Santa Iglesia Catedral. Durante el Evangelio, cuatro caballeros tuvieron las espadas desenvainadas y altas. Terminado el Evangelio, Hildebrando juró en alta voz que desde entonces en adelante sería fiel y leal vasallo de la municipalidad de Arezzo, y de su Patrón San Donato. También juró en alta voz que con todas sus fuerzas defendería siempre á las doncellas, mujeres,

menores de edad y huérfanos, é igualmente los bienes de la Iglesia contra la fuerza y el poder injusto de los hombres poderosos, y contra sus asechanzas, según pudiese. Después de esto, un caballero calzó á Hildebrando la espuela derecha, y otro caballero le calzó la izquierda. Y una noble é interesante señorita, Leonor, hija de Berenguer, le ceñó la espada. Después Rodulfo, según costumbre, le dió un golpe en la espalda, diciéndole: Eres noble individuo de la caballería, y este golpe que te he dado es en memoria del que te ha armado caballero; y este golpe ha de ser la última injuria que sufrirás con paciencia.

Las espuelas de oro ó doradas que se calzaban al noble caballero significaban la prontitud con que había de atender al servicio militar. La espada que se le ceñía era un testimonio de seguridad contra las asechanzas del demonio; y los dos filos de la espada significaban la rectitud y la lealtad con que el novel caballero venía obligado á defender al pobre contra el rico, y al débil contra el fuerte.

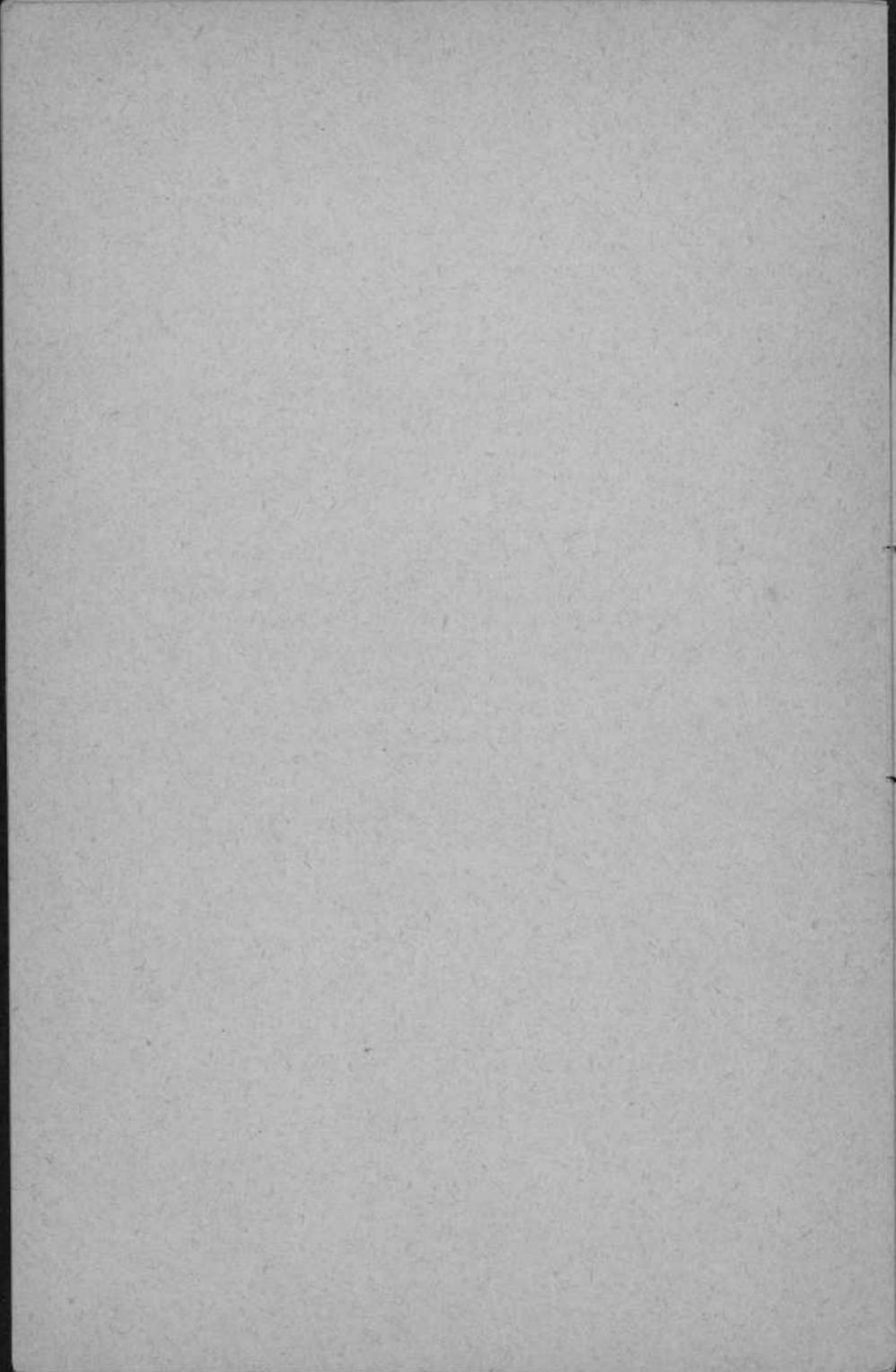
«El espaldarazo ó golpe, dice un documento anónimo, se daba en memoria de aquél que había armado al novel caballero. No debe el caballero hacer cosa alguna vil ó torpe por temor de la cárcel ó de la muerte. Cuatro son las obligaciones generales que le incumben. Primera; que no permanezca en sitio donde se haga un juicio falso. Segunda; que no puede tratar de traición, y ha de huir de donde se trate de esto, si de otro modo no pudiese resistir. Tercera; que no debe estar en donde se aconseje

mal á una dama ó una doncella, sino al contrario, ha de aconsejarlas rectamente. Cuarta; que ha de ayunar todos los viernes en memoria de Nuestro Señor Jesucristo, á no impedírsele la salud, orden superior ú otra justa causa.»

Esto eran y esto significaban los antiguos caballeros.

¡Vergüenza, vergüenza eterna á Boyardo, á Ariosto, á vosotros todos, culpables romanceros, mentirosos escritores, malos ciudadanos, que ridiculizándola, habéis desfigurado esa gloriosa caballería, que fué en su conjunto una institución eminentemente social, conforme al espíritu de la Iglesia, y una bella página en la historia!

Así lo entiende la distinguida é ilustrada comisión artística nombrada por el Excmo Sr. D. Manuel Gómez Salazar y Lucio Villegas, arzobispo de Burgos, para formar un album digno de figurar entre los obsequios destinados al Pontífice León XIII con motivo de sus Bodas de Oro. Por eso, con felicísimo acuerdo, ha elegido como uno de los más gloriosos recuerdos del Real é insigne Monasterio de las Huelgas la fotografía de la histórica imagen de Santiago Apóstol, Patrón de España.



LIBROS Y OPÚSCULOS DEL MISMO AUTOR

Monastère Royal de las Huelgas de Burgos, Précis historique de sa fondation de ses privilèges, presque invraisemblables, du moins ordinairement, de ses tombeaux glorieux, de son élégante structure, et de son état actuel. Prix, un franc.

Modo fácil y provechoso de disponerse á recibir el Sacramento de la Penitencia y la Sagrada Comunión, con oraciones afectuosas y devotísimas meditaciones tomadas de las obras del Doctor Angélico, de San Buenaventura, San Agustín, Kempis y el V. M. Fray Luis de Granada. — Con aprobación del Ordinario. — Un tomo de 124 páginas, 5 reales en pasta y 3 en rústica.

El Real Monasterio de las Huelgas de Burgos. Reseña de su fundación, sus privilegios, casi inverosímiles por lo extraordinarios, sus gloriosos sepulcros y su estado actual. — Un opúsculo de 100 páginas, 2 reales.

Auxilio de predicadores: sermones morales, un tomo de más de 500 páginas, 10 reales.

Sermones de Semana Santa y Pascua, predicados unos, escogidos otros, y coleccionados.

Magnífica edición de bolsillo, que contiene varios y excelentes sermones de Ramos, Mandato, Pasión, Descendimiento, Soledad y Resurrección. — Un tomo, 6 reales en rústica y 8 en pasta.

La Llave del Paraíso ó sea de la buena elección de estado. Es innecesario encarecer la importancia de este libro, único en su clase en España. Contiene discretas ob-

servaciones y excelentes doctrinas y reglas para conducirse debidamente en materia tan delicada. — Un tomo, 4 reales.

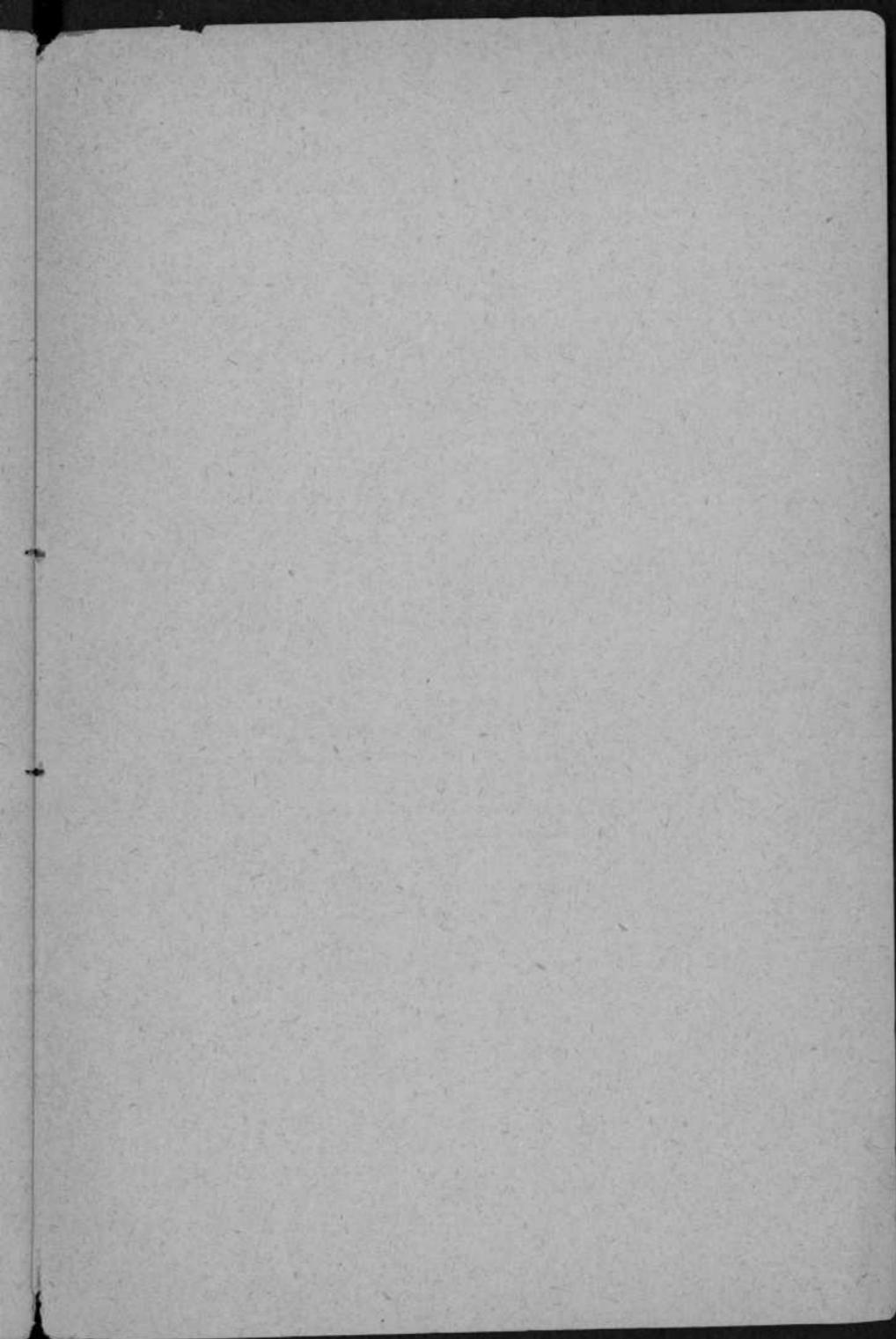
De las anteriores obras no se servirá ningún pedido al que no acompañe su importe.

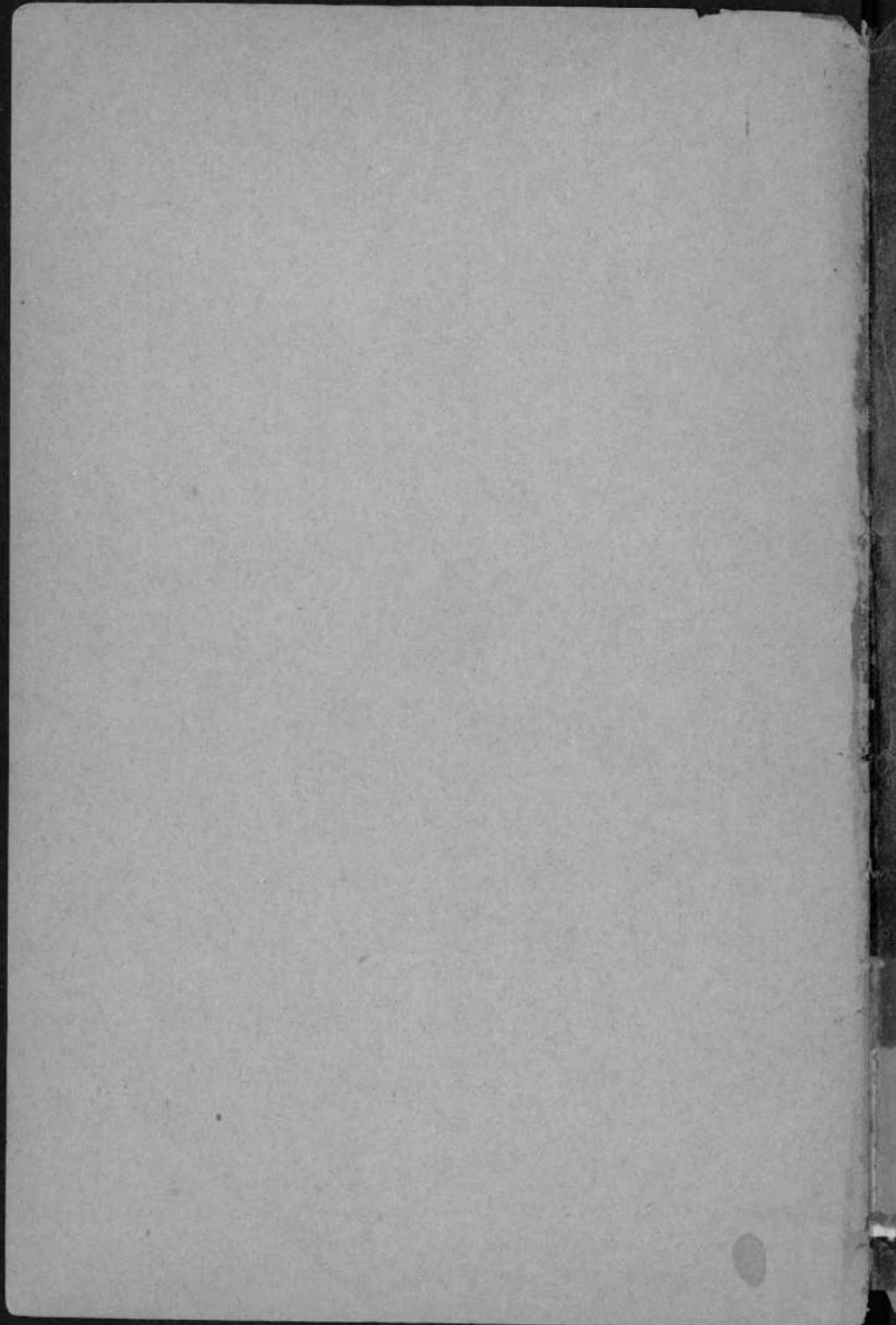
Los señores sacerdotes pueden adquirirlas por aplicaciones de Misas de estipendio *cinco reales*, según los deseos expresos de los donantes; advirtiéndoles que en este caso deben remitir los recibos, sellados con el sello de la parroquia respectiva, al Sr. Director de la *Correspondencia Eclesiástica*, en Burgos, barrio de las Huelgas. También pueden adquirirse girando su importe, en la nueva librería é imprenta de San José, Arenal, 20; en la del Sr. Aguado, Pontejos, 8, y en la de *La Verdadera Ciencia Española*, Arenal, 15, de Madrid, y en la de la Sra. Viuda é Hijos de Herce, de Burgos.

También publica en la *Correspondencia Eclesiástica* SERMONES PANEGÍRICOS *escogidos*, que proporciona encuadernados en hermosos tomitos sueltos, á 30 céntimos uno.

Van publicados los panegíricos de San José, la Virgen de los Dolores, la Invención de la Santa Cruz, la Degollación de San Juan Bautista, la Virgen del Carmen, San Antonio de Padua, San Francisco de Asís, la Anunciación de Nuestra Señora, el Arcángel San Rafael, el Santísimo Sacramento, las Ánimas, la Natividad de Nuestra Señora, San Joaquín, el Santo Rosario, la Asunción de la Virgen, San Nicolás de Bari, Santa Bárbara y Santa Lucía, y seguirán sin interrupción los de todos los santos más populares de España.

Los pedidos, acompañados del importe, al Director de la *Correspondencia Eclesiástica*, Burgos, barrio de las Huelgas.









B
17
(1

